

La vida de María en 8 escenas

1. La Anunciación (Lc 1, 26-38)

- Contemplamos la escena



- Contempla la imagen: aparece un ángel y María. Mira los colores: blanco, rojo, dorado, azul. Fíjate que es un mosaico con teselas de diferentes tamaños. Estamos ante un icono.
- Ahora pon tu mirada en los rostros de María y del ángel. Fíjate hacia donde miran. Los dos de perfil: María hacia abajo y el ángel a María. Los dos tienen una expresión de serenidad, paz, tranquilidad.
- Estamos ante el acontecimiento más grande que podamos presenciar: Dios, por medio del ángel, anuncia a María que va a ser Madre de Dios y le pide su consentimiento. Nos encontramos con la escena de la Anunciación.
- El ángel anuncia la Palabra de Dios, representada por ese pliego de papel dorado que va desde su mano a María. Se aprecia la escucha y la aceptación de parte de María. El ángel toma su ala con una mano para entrar sin hacer ruido.

- Contempla la actitud de María: no se sobresalta, en su rostro hay paz y serenidad. Continúa en sus quehaceres y acepta lo que viene de Dios. Acoge la Palabra recibida de la Alto, pero no se queda con ella. Su mano tiende abierta hacia los demás. Fíjate en el ovillo. Es el germen de la Palabra. Ya Dios y su Palabra habitan en ella. Es Jesús a quien comienza a tejer, María, en su interior.

- Escuchamos la escena: Lc 1, 26-38)

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.» María respondió al ángel: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, *porque ninguna cosa es imposible para Dios.*» Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel dejándola se fue.

- Reflexión

“De eso, sí, se trataba: del destino del mundo, pendiente, como de un hilo, de unos labios de mujer. Y en el mundo no sonaron campanas cuando ella abrió los labios. Pero, sin que nadie se enterara, el “juguete muerto” comenzó a latir. Porque la muchacha-mujer dijo: “He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra”. Dijo “esclava” porque sabía que desde aquel momento dejaba de pertenecerse. Dijo “hágase” porque “aquello” que ocurrió en su seno sólo podía entenderse como una nueva creación. No sabemos cómo se fue el ángel. No sabemos cómo quedó la muchacha. Sólo sabemos que el mundo había cambiado. Fuera, no se abrieron las flores. Fuera, quienes labraban la tierra siguieron trabajando sin que siquiera un olor les anunciase que algo había ocurrido. Si en Roma el emperador hubiera consultado a su espejito mágico sobre si seguía siendo el hombre más importante del mundo, nada le habría hecho sospechar que en la otra punta del mundo la historia había girado. Sólo Dios, la muchacha y un ángel lo sabían. Dios había empezado la prodigiosa aventura de ser hombre en el seno de una mujer”.

(J. L. Martín Descalzo, *vida y misterio de Jesús de Nazaret*, 91)

- **Oramos la escena**

María: Tú has sido escogida por Dios.
Él te ha regalado sus dones.
Reconociste lo poco que eras,
según tu mirar,
y Él te hizo la llena de gracia,
la bendita entre todas las mujeres.

Dios te hizo su Madre
y tú has vivido tu vida con sencillez.

Te pedimos, Madre,
que vayamos por la vida
reconociendo la mano de Dios
dándole las gracias por todo lo que nos regala;
saltando de gozo por lo mucho que nos ama.

Madre, danos ojos para descubrir las maravillas
que Dios va realizando en nuestras vidas.



La vida de María en 8 escenas

2. La Visitación de María a su prima Isabel (Lc 1, 39-56)

- Contemplamos la escena



- Contempla la escena. Fíjate en las dos mujeres. Su actitud, su manera de mirar. Observa los colores: dorados, ocre, marrones,... Métete en el acontecimiento: nos encontramos con la Visitación de María a su prima Isabel, para anunciarle que va a ser Madre de Dios.
- Dos mujeres que se encuentran para contarse sus cosas, su realidad, sus buenas noticias: las dos van a ser madres. ¡Qué gran acontecimiento! Las dos tienen una de sus manos puestas en sus vientres. Cuentan con sus hijos y sin decir palabra, con ese sencillo gesto, las dos se están comunicando y señalando su maternidad.
- Sus rostros son de serenidad y de una alegría llena de paz y sosiego. Confían en Dios y en sí mismas. Las dos tienen sus rostros inclinados y mirándose. Se están saludando. ¡Qué gozo de encuentro!
- María lleva en una mano un pergamino. Es una buena noticia que le va a transmitir a su prima Isabel: ¡Será Madre de Dios! ¡Como para no comunicar esa buena noticia! Isabel tiende su mano a María para acogerla en su casa, felicitarla y exultar de gozo con ella. Las dos comparten su vida.

- Escuchamos la escena: Lc 1, 39-56)

En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»

Y dijo María: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.

Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.

Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia - como había anunciado a nuestros padres - en favor de Abraham y de su linaje por los siglos.»

María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.

- Reflexión

“Isabel estaba, seguramente, a la puerta (todo el que espera el gozo está siempre a la puerta). Y sus ojos se iluminaron al ver a María, como presintiendo que una nueva gran hora había llegado. [...] Había sido un simple saludo, quizá un simple contacto. Tal vez al abrazarse, los dos senos floridos se acercaron. Y el no nacido Juan “despertó”, se llenó de vida, empezó su tarea. Realizó la más bella acción apostólica que ha hecho jamás un ser humano: anunciar a Dios “pateando” en el seno materno. E Isabel entendió aquel pataleo del bebé. El salto del niño fue para ella como para María las palabras del ángel: la pieza que hace que el rompecabezas se complete y se aclare. Ahora entendía la función de su hijo, ahora entendía por qué ella había esperado tantos años para convertirse en madre, ahora toda su vida se iluminaba como una vidriera. [...] También el corazón de María saltó de alegría. No tendría que explicar nada a su prima: ya lo sabía todo. Dios se había anticipado alas difíciles explicaciones”.

- **Oramos la escena: Magnificat**

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega
a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.



La vida de María en 8 escenas

3. El Nacimiento de Jesús (Lc 2, 1-20)

- Contemplamos la escena



- Contempla la escena: las figuras, los colores, el paisaje. Estamos ante la imagen del Nacimiento de Jesús. La noche, con su oscuridad cubre el cielo. Pero la luz dorada ilumina el acontecimiento. Una estrella está presente en la venida de Dios al mundo.
- Jesús nace en una cueva, rodeado de animales. Está en suelo, pero arropado por sus padres. María contempla este misterio arrodillada, en signo de veneración y de postración. Toma a su hijo por la mano y lo mece con la suya. Amor de madre. Sencillez y ternura traslucen de este acontecimiento.
- ¡Dios naciendo en un pesebre! ¡Qué locura! Pero que pasión y amor por el hombre. Dios nos descoloca de nuevo. Se hace niño humilde y sencillo para que, desde ahora, lo pequeño y lo diminuto cuenten en esta vida. Jesús desprotegido de toda grandeza abre los brazos al mundo, a todos, a ti y a mí, para acogernos.
- San José meditando este misterio de Dios. Acoge lo que viene de la Altura. Acepta, pero no con resentimiento sino cumpliendo la voluntad de Dios. José contempla y asiente. ¡Que se cumpla tu voluntad! No entiendo, pero acepto, Señor.

- La roca representa la tierra, el mundo al que vino Jesús, la humildad de su destino. Observamos un árbol que florece. Es el tronco de Jesús. En él se cumplen las promesas. Aquello que parecía no tener vida, recobra su ser. El árbol sin vida, florece de nuevo. Dios hace nuevas las cosas. Nos recuerda que la promesa dada a sus hijos a lo largo de la historia se cumple en Jesús. Con Jesús florece la vida y cambia el destino de los hombres.

- Escuchamos la escena: Lc 2, 1-20

Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento. Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: «No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: los ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace.» Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: «Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.» Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.

- Reflexión

“Allí estaba. María y José le miraban y no entendían nada. ¿Era aquello -aquel muñeco de carne blanda- lo que había anunciado el ángel y el que durante siglos había esperado su pueblo? [...] Pero ellos no lo entendían. Lo adoraban, pero no lo entendían. ¿Aquel bebé era el enviado para salvar el mundo? Dios era todopoderoso, el niño todo desvalido. El Hijo esperado era la Palabra; aquel bebé no sabía hablar. El Mesías sería “el camino”, pero éste no sabía andar. Sería la

verdad omnisciente, mas esta criatura no sabía ni siquiera encontrar el seno de su madre para mamar. Iba a ser la vida; aunque se moría si ella no lo alimentase. Era el creador del sol, pero tiritaba de frío y precisaba del aliento de un buey y una mula. Había cubierto de hierba los campos, pero estaba desnudo. No, no lo entendía. ¿Cómo podían entenderlo? María le miraba y remiraba como si el secreto pudiera estar escondido debajo de la piel o detrás de los ojos. Pero tras la piel sólo había una carne más débil que la piel, y tras los ojos sólo había lágrimas, diminutas lágrimas de recién nacido. Su cabeza de muchacha se llenaba de preguntas para las que no encontraba respuestas: si Dios quería descender al mundo, ¿por qué venir por esta puerta trasera de la pobreza? Si venía a salvar a todos, ¿por qué nacía en esta inmensa soledad? Y sobre todo ¿por qué la habían elegido a ella, la más débil, la menos importante de las mujeres del país? No entendía nada, pero creía, sí. ¿Cómo iba a saber ella más que Dios? ¿Quién era ella para juzgar sus misteriosos caminos? Además, el niño estaba allí, como un torrente de alegría, infinitamente más verdadero que cualquier otra respuesta”.

(J. L. Martín Descalzo, Vida y misterio de Jesús de Nazaret, 131-132)

- Oramos la escena:

Madre, María. Te llamamos vida y dulzura, esperanza nuestra; te llamamos en nuestra peregrinación por esta vida.

Te llamamos siempre Madre, Madre de todos los hombres, acogedora de todos los que te invocan, ternura de los pasos cansados.

Tú, Madre, eres tan sencilla, tan pobre, tan nuestra, que queremos que sigas constantemente a nuestra lado.

Madre, ayúdanos en los momentos difíciles; enséñanos a ser como tú: presencia y cercanía para los que lloran, empuje y ánimo para los que lo pasan mal. Amén.



La vida de María en 8 escenas

4. La Presentación de Jesús en el templo (Lc 2, 21-39)

- Contemplamos la escena



- Contemplamos la escena. Nos fijamos en los personajes: en el sacerdote, en María, en Jesús, en San José. Prestamos atención a los colores. Situamos nuestra mirada en la mesa donde están los dones del pan y del vino, representados en un cáliz y una patena.
- Nos situamos en la Presentación de Jesús en el templo. Se da a conocer a los judíos. Se presenta ante Dios, su Padre. Es el comienzo de su vida como judío.
- María ofrece a Jesús para ser circuncidado. Simeón lo toma en sus manos, lo acepta. Aquí, Jesús, va a derramar su primera sangre, su primer sacrificio por los hombres.
- Observa con la veneración que Simeón, el sacerdote, toma a Jesús, con ese paño de pureza. Inclinado recoge al mismo Jesús, que va a ser sacrificado por los hombres y va a derramar su sangre por su salvación. María ofrece a su hijo, Jesús. Ella acepta la voluntad de Dios: acepta su sacrificio. José asume, también, esa voluntad que viene de Dios. Él ofrece los dones establecidos por la ley: dos tórtolas o dos pichones.

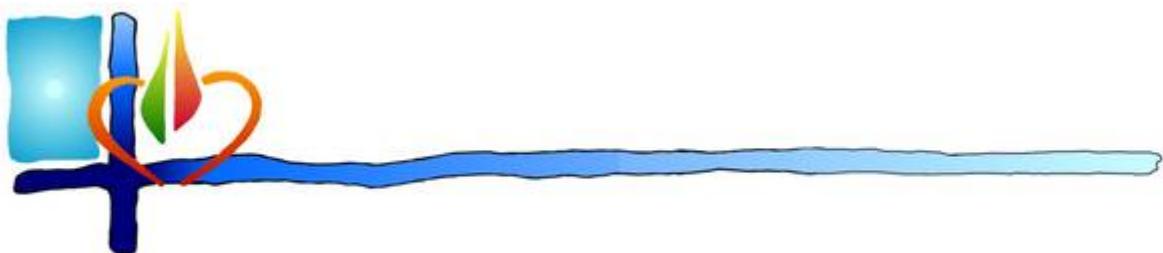
- En esta escena lo esencial es el sacrificio, la entrega, la donación que Jesús realiza y que prefigura su destino en la cruz: el sacrificio y la sangre derramada. Por ese motivo están los dones de su sacrificio encima de la mesa: patena- pan-cuerpo y cáliz-vino-sangre.

- Escuchamos la escena: Lc 2, 21-39

Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno. Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: Todo varón primogénito será consagrado al Señor y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor. Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movidó por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

«Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.»

Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción - ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma! - a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.» Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.



- Reflexión

“Sólo cinco líneas dedica san Lucas a la escena que sigue al nacimiento. Y los demás evangelistas ni la citan, probablemente dándola por supuesta. Y, sin embargo, ocurren en ella dos hechos importantes: la circuncisión y la imposición del nombre de Jesús. Y se añade un dato simbólico emotivo: el Pequeño derrama su primera sangre. [...] Tuvo lugar la circuncisión a los ocho días justos del nacimiento y aquella fecha fue, sin duda, importante para María y José. Aquel día entraba oficialmente su hijo en alianza con Dios: con aquella sangre derramada se constituía en heredero de las promesas hechas a Abrahán. [...] José tomaría el niño bien fajado en sus lienzos. “Vuelvo en seguida” diría a María. Pediría permiso al rabí encargado de la sinagoga para utilizar los instrumentos de circuncidar. El rabino distinguiría en él -con una sonrisa- al padre novato y se dispondría a ayudarlo. Jamás podría imaginarse que aquellas gotas de sangre que resbalaron sobre la mesa - y aquellas lágrimas del niño- eran el primer paso para el sacrificio del Cordero”.

(J. L. Martín Descalzo, Vida y Misterio de Jesús de Nazaret, 141. 144)

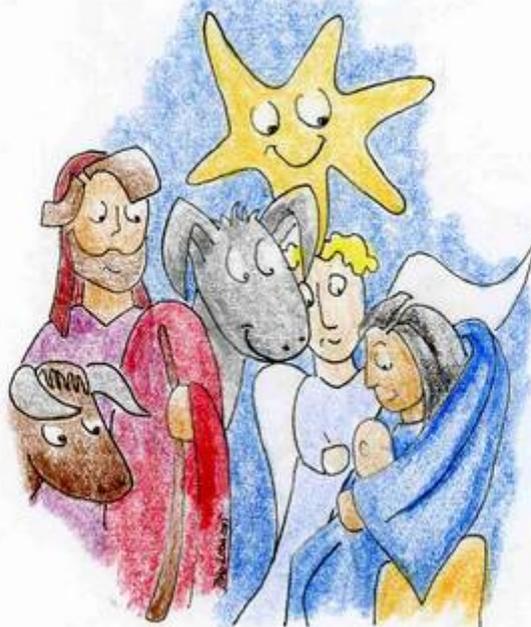
- Oramos la escena:

Bendita sea tu pureza

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea,
en tan graciosa belleza.

A Ti celestial princesa,
Virgen Sagrada María,
te ofrezco en este día,
alma vida y corazón.
Mírame con compasión,
no me dejes, Madre mía.

Amén.



La vida de María en 8 escenas

5. Las bodas de Caná (Jn 2, 1-11)

- Contemplamos la escena



- Contempla la escena. Se trata de las bodas de Caná. Jesús acude a unas bodas y allí realiza su primer signo, su primer milagro: Convierte el agua en vino para no aguar la fiesta a los novios y convidados pues se han quedado sin vino - sin fiesta. Observa los personajes y aquello que realizan: Jesús, los novios, el maestre sala, la túnica y las manos de una persona: se trata de María. Fíjate en los objetos: las ánforas, el vino, el agua, los vasos, el vino derramado en la mesa. Observa las teselas y la combinación de sus colores.
- Contemplamos las manos de María. Nos están indicando lo que debemos hacer: lo que Jesús nos diga o mande hacer. Debemos estar abiertos a lo que Él quiera. Así fue la misma vida de María. Ponerse en las manos de Dios y cumplir su voluntad.
- Nos fijamos en el agua y vino derramados en la mesa. Nos señalan la muerte de Jesús. El don de su vida. Su sangre va a ser derramada por nosotros. Aquí se nos señala el don, la entrega de Jesús por el hombre.
- Jesús convierte el agua en vino. Nos regala su don. Él nos trae nueva vida. Hace nueva todas las cosas. Lo imposible lo puede hacer posible. Lo ordinario lo

convierte en extraordinario. Así es nuestro Dios. Cambia la vida. La convierte en novedad.

- **Escuchamos la escena: Jn 2, 1-11**

Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos. Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: «No tienen vino.» Jesús le responde: «¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.» Dice su madre a los sirvientes: «*Haced lo que él os diga.*» Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una. Les dice Jesús: «Llenad las tinajas de agua.» Y las llenaron hasta arriba. «Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala.» Ellos lo llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: «Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.» Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos.

- **Reflexión**

“¿Comprendió María el sentido de las palabras de Jesús? Debió, cuando menos, de intuirlo. Tal vez, por ello, respondió con unas palabras que van también más allá de una simple orden a los criados: “Haced lo que él os diga”. Son las últimas palabras de María que los evangelios nos transmiten. Y tienen todo el valor de un testamento. Tras ellas María entra en silencio. Empieza la hora de la palabra de Dios, que es su Hijo. María pide a los hombres que obedezcan a esa palabra y entra en la sombra del silencio. [...] Si María adelantó esa hora no fue porque estuviera ciega por la vanidad del triunfo de su hijo, sino por amor a una pobre pareja de muchachos. Y ella supo, mejor que nadie y antes que nadie, el jubiloso y también terrible significado de aquel vino que alegremente bebían los comensales de Caná”.

(J. L. Martín Descalzo, Vida y misterio de Jesús de Nazaret, 354-355)

- **Oramos la escena:**

Dios, Padre nuestro: En María nos has dado un modelo de esta sencillez callada, de este valor de las cosas pequeñas.

En María nos has dado la síntesis de la mujer perfecta, en la contemplación en el quehacer diario, en escuchar y responder, en hablar y callar, en el orar y en el actuar.

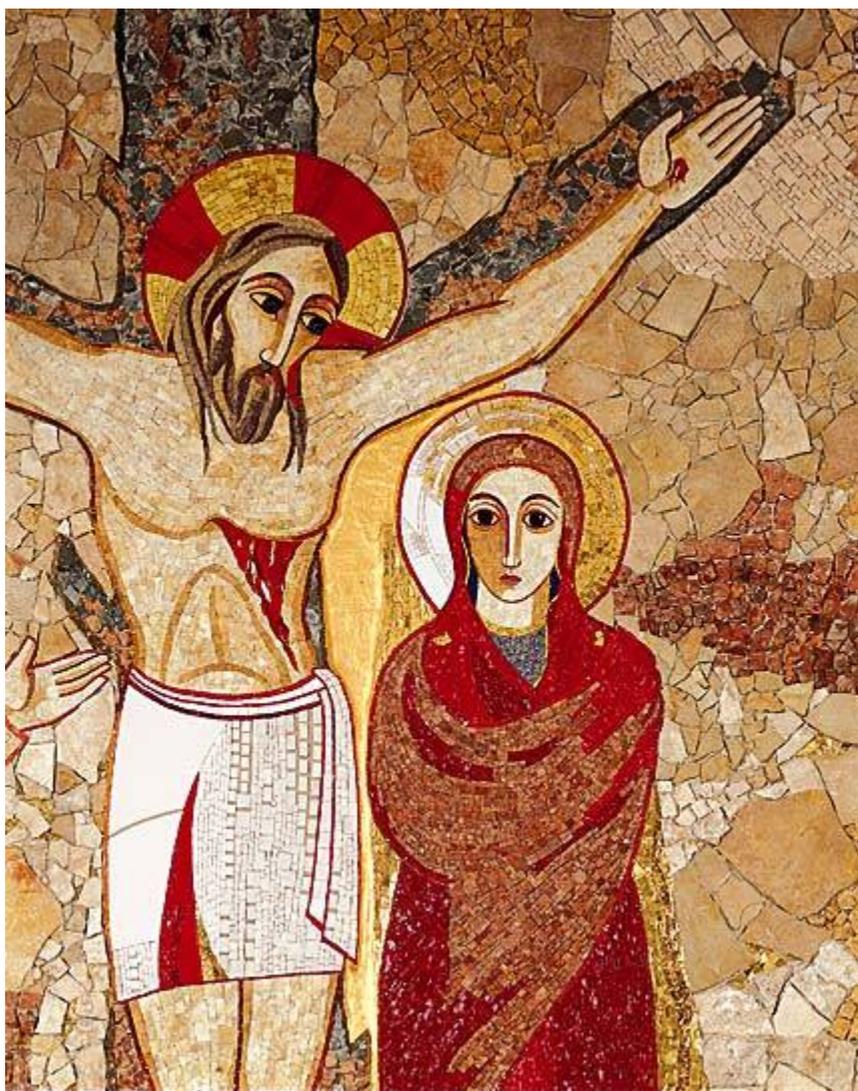
Ayúdanos a acercarnos a ese modelo de vida cristiana, para situarnos más cerca en el camino de Jesús, tu Hijo. Haznos entender lo que significa: un estilo de vida sencillo y a valorar las pequeñas cosas que realizamos cada día. Amén.



La vida de María en 8 escenas

6. María junto a la Cruz (Jn 19, 25-27)

- Contemplamos la escena



- María junto a la cruz, junto a su hijo. Acompañando su sufrimiento, sus últimas horas de su vida. María unida al sufrimiento de Jesús, unida al misterio de la redención, de la salvación llevada a cabo por Cristo con su muerte y sacrificio en la CRUZ.
- Nos encontramos de lleno en la escena de la crucifixión, en el momento más dramático de la vida de Jesús. En ella deberíamos encontrar sufrimiento, dolor y agonía. Pero en este icono nos encontramos con serenidad, comprensión, aceptación de la voluntad de Dios y, sobre todo, irradia mucha paz y sosiego,

que invita a la oración y contemplación de misterio de la CRUZ.

- María al lado de Jesús. Fíjate en sus rostros. Transmiten una profunda paz. En sus rostros no hay sufrimiento alguno, ni rasgos de dolor. Sus ojos fijos permanecen en actitud contemplativa. Nos invitan a la oración.
- Jesús mira a su madre, María y la ofrece la hombre. La dona como Madre de toda la humanidad. El tiene el costado traspasado, del cual mana agua y sangre (símbolos de su sacrificio y entrega por todos los hombres).
- Fíjate en la cruz, donde reposa Cristo. Es un árbol. Simboliza el árbol de la vida. Por la cruz (por la muerte de Jesús) nos vino la VIDA y la SALVACIÓN.
- María nos mira y con esa mirada llena de paz y serenidad, nos invita a ser partícipes de ese gran misterio: de la muerte de Jesús.
- Contemplemos esta escena desde el interior, experimentando esa pasión que vivieron tanto Jesús como María.

- **Escuchamos la escena: Jn 19, 25-27**

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.

- **Reflexión**

“Aquel pequeño grupo al pie de la cruz, aquella Iglesia naciente, estaba, pues, allí por algo más que por simples razones sentimentales. Estaba unida a Jesús, pero no sólo a sus dolores, sino también a su misión. Y, en esta Iglesia, tiene María un puesto único. Hasta entonces ese puesto y esa misión habían permanecido como en la penumbra. Ahora en la cruz se aclararán para la eternidad. Por eso la alejada será traída a primer plano. Esta hora es la hora, este el momento en que María ocupa su papel con pleno derecho en la obra redentora de Jesús. Y entre en la misión de su hijo con el mismo oficio que tuviera en su origen: el de madre. [...] Es a esta Iglesia y a esta humanidad a quienes se les da una madre espiritual. Es esta Virgen, envejecida por los años y los dolores, la que, repentinamente, vuelve a sentir su seno estallante de fecundidad. Ese es el gran legado que Cristo concede desde la cruz a la humanidad. Esa es la gran tarea que, a la hora de la gran verdad, se encomienda a María. Es como una segunda anunciación. Hace treinta años -ella lo recuerda bien- un ángel la invitó a entrar por la terrible puerta de la hoguera de Dios. Ahora, no ya un ángel, sino su propio hijo, le anuncia una tarea más empinada

si cabe: recibir como hijos de su alma a quienes son los asesinos de su primogénito. Y ella acepta. Aceptó, hace treinta años, cuando dijo aquel “fiat”, que era una total entrega en las manos de la voluntad de Dios. De ahí que el olor a sangre del Calvario comience extrañamente a tener un sabor de recién nacido; de ahí que sea difícil saber si ahora es más lo que mueren o lo que nace; de ahí que no sepamos si estamos asistiendo a una agonía o a un parto. ¡Hay tanto olor a madre y a engendramiento en esta dramática tarde...!”

(J. L. Martín Descalzo, Vida y misterio de Jesús de Nazaret, 1139-1140)

- **Oramos la escena:**



Ave, María, Madre de Jesús,
bendita entre las mujeres,
bendito tu Hijo, Jesús.
Santa María,
ruega por todos los jóvenes
que quieren y luchan por
mantener
un corazón y un espíritu limpio.

Ave, María,
mujer a disposición de Dios,
llena de gracia, bendita entre las
mujeres.

Santa María,
virgen Madre de los hombres,
ruega por nosotros
para que nuestra vida
esté siempre a disposición del
amor.

Santa María,
ruega por todos
los que han ofrecido su vida
y su amor a tu Hijo,
para que sean testigos de ese
amor.

La vida de María en 8 escenas

7. María y los apóstoles reciben el Espíritu Santo (Hch 1, 13-14 y 2, 1-4)

- Contemplamos la escena



- Pentecostés. María junto a los discípulos de Jesús reciben la gracia de los dones del Espíritu Santo. Contemplemos esta escena: los colores, los personajes, su actitud, las lenguas de fuego y los rostros de María y los discípulos.
- María acepta el fuego sagrado de Pentecostés. Recibe, también, de parte de su Hijo la bendición de ser discípula-seguidora de Jesús. María acepta este gran don que la convierte en misionera. Fíjate en las manos abiertas de María: ella acoge y dará esa fuerza que viene de lo alto. María es portadora del Espíritu Santo.
- Los discípulos, también llenos de ese Espíritu, señalan a María. Es nuestra Madre y ella nos puede acoger y transmitir ese don - fortaleza que nos llega de Dios.
- Las lenguas de fuego representan la pasión, la fortaleza, el dinamismo de ese don que recibimos de Dios. Es la fuerza que nos impulsa a transmitir esa Buena Noticia que anunció Jesús para cambiar este mundo. Es la luz y el fuego del Espíritu que penetra desde nuestra mente, hasta nuestro corazón y lo invade TODO.

- **Escuchamos la escena:**

▪ **Hch 1, 13-14**

Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

▪ **Hch 2, 1-4**

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.

- **Reflexión**

“Lucas concluye su relato afirmando que los discípulos volvieron a Jerusalén llenos de alegría. Al fin comenzaban a comprender. Quizá en el camino se repetían unos a otros antiguas palabras de Jesús. [...] Empezaban a entender. Ahora comprendían hasta qué punto Jesús había derrotado a la muerte. Ahora descubrían que su Maestro era el gran amor de la vida (Hech 3, 15), tal y como, pocos días más tarde, proclamaría san Pedro en su primer sermón a los judíos. [...] Ahora se daban cuenta que ese “yo soy” había sido una de las claves de la predicación de Jesús sobre sí mismo. Mucho antes de que la muerte apareciera en el horizonte, había proclamado de manera sorprendente esta existencia suya y lo había hecho con el mismo lenguaje con que los profetas hablaban de la existencia eterna de Yahvé. Jesús hablaba de su vida como una zarza que ardía y ardía sin consumirse jamás”.

(J. L. Martín Descalzo, Vida y misterio de Jesús de Nazaret, 1239-1240)



- **Oramos la escena:**

María:

Por designio amoroso de Dios
y por tu respuesta generosa,
te haces presente en nuestra vida
y estás cerca de nuestro caminar.

Tú eres la Madre de la Iglesia.
En ti encontramos el ejemplo
para nuestra vida.

Te pedimos que nos ayudes a caminar,
a construir la Iglesia
en la que todos los hombres
nos demos la mano fraternalmente,
sin divisiones ni odios.

Madre de la Iglesia,
que seamos buenos hijos tuyos
y nos amemos como hermanos.

Amén.



La vida de María en 8 escenas

8. María orante (Lc 2, 19 y Hch 1, 13-14)

- Contemplamos la escena



- María orante. Esta es la escena-icón que contemplamos. María con su hijo Jesús. Esta es la actitud principal de María: la de orante. María fue la primera discípula de Jesús, la que nos enseña a nosotros a orar, escuchar la palabra y ponerla en práctica.
- En este icón ponemos nuestra mirada en María, con sus brazos abiertos a Dios. Nos indica la disponibilidad y la apertura ante el mismo Dios. Ella, siempre, supo acoger la Palabra de Dios y ponerla en práctica, llevarla a la vida cotidiana.
- También, María, nos presenta a Jesús. Ella guardaba todas las cosas en su corazón. En ese corazón guarda a lo que más ama: a su Hijo Jesús y nos lo muestra.
- Ambos tienen los brazos abiertos para acoger a todas las personas que entran en

oración con ellos. Incluso, Jesús, nos bendice con sus mano derecha. Sus dedos están en la posición de bendición. Él nos bendice en la oración, nos renueva, nos fortalece, nos cambia la vida.

- De todo esto María participa y está presente. Ella, por medio de la oración, nos acompaña y nos leva a su Hijo. Es la puerta de acceso a Dios. Y, María, nos indica, que lo fundamental está en el corazón. Allí se guarda lo esencial.

- **Escuchamos la escena:**

- **Lc 2, 19**

María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.

- **Hch 1, 13-14**

Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos.

- **Reflexión**

“Los pastores pertenecían al grupo de los humildes y en su alegría intuía ya María cómo entendería a Jesús más tarde el pueblo sencillo. María pensaba todo esto, le daba vueltas en su corazón, almacenaba lo que veían sus ojos y oían sus oídos como quien amontona un tesoro. Los pastores habían regresado ya a Belén y contaban a la gente lo que habían visto y todos “se maravillaban” (Lc 2, 18) [...] Sólo María “conservaba estas cosas en su corazón” (Lc 2, 19) dice Lucas, como citando la fuente de sus informaciones. Sólo María entenderá esta noche, hermosa más que la alborada. Esta noche en la que el Sol eterno pareció eclipsarse en la carne de un bebé, para mostrarse más plenamente: como puro amor. Esta noche en la que el fulgurante Yahvé de la zarza ardiendo se identificó en el regazo de una Virgen. Pero el mundo estaba demasiado ocupado en pudrirse para descubrir tanta alegría”.



(J. L. Martín Descalzo, *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, 139)

- **Oramos la escena:**

Virgen María, Madre nuestra,
tú que escuchas la palabra
de tu Hijo Jesús
y supiste guardarla en tu corazón;
tú que creíste en Él
y lo amaste sin medida,

enséñanos a escuchar
y acoger su Palabra para que,
como tú, aprendamos
a estar disponibles
para realizar su plan
sobre nosotros. Amén.

